

Siempre entre polos ó extremos, incompatibles y necesitados de un término medio.

Siempre en un término medio compatible con todas las cosas, pero necesitado de dos extremos; con los cuales no se puede confundir; pero á los cuales se debe acercar acompasadamente, y con un orden marcado por la campanada del tiempo presente, al hacer y romper simultáneamente el equilibrio entre lo pasado y lo futuro, ó sea entre lo real y lo ideal.

Signo, del griego *ichnos*, trazar.—El fenómeno exterior conocido en su relación con otro oculto y relativamente desconocido. Pueden los fenómenos hallarse en una relación ausente en un momento dado, pero sugerida al pensamiento por la práctica ó por la teoría.

Al negar los escépticos todo valor á los signos, no tenían en cuenta el valor de la relación; porque miraban la relación simplemente como un obstáculo, para llegar á la meta que se proponía la posesión de lo absoluto.

Limitándonos á ver las cosas *solo* como son ó sólo como no son, no cabe solución del dilema ser ó no ser: no vale entonces aducir lo que es como signo de lo que no es. Pero la relación salva la dificultad: las relaciones conocidas significan cosas escondidas en lo presente, y sucesos posibles en lo pasado ó en lo porvenir.

Signo, símbolo, emblema y divisa.—El uso común distingue estas palabras del modo que se expresa en los diccionarios de la lengua.

También se les da á menudo la significación de un mismo concepto.

La escritura, por ejemplo, es símbolo de la palabra; y sin embargo se llama á los símbolos escritos del sonido, el nombre de *signos* de música.

El símbolo debiera reservarse para las relaciones figuradas entre cosas exteriores (fenómenos) y cosas interiores (leyes ó ideas).

El signo para las relaciones entre cosas externas.

El emblema para relaciones entre ideas, realidades y funciones, propuestas á la práctica en general.

La divisa para las relaciones entre ideas, realidades y funciones, propuestas á la práctica particular, de una persona, ó de un partido político, etc.

Silaba, del griego *syllambáein*.—Sonido sintético, divisible por análisis en dos, tres ó cuatro letras.

Ninguna letra por separado da la sílaba de que antes formaba parte. Se necesita la transacción entre ellas para darles el valor sintético que corresponde al sonido representado.

Muchas sílabas constan de dos letras, algunas de tres y pocas de cuatro. Aun es posible articular una vocal con cuatro consonantes, poniendo dos de éstas al principio y dos al fin.

Todo esto se halla de acuerdo con los elementos de la función viviente, que son ni más ni menos que cuatro, en su esquema fundamental.

Hay partes de la oración que constan de una sola letra; pero ésta es entonces vocal, que oficia, como el sentimiento oficia á veces, sin necesidad de *consonante*. En tal caso nada significa como no sea relación (conjunción, disyunción ó interjección), entre otras sílabas.

Silas.—Así se llamaron las poesías satíricas de Timon, y acaso de algunos otros, que corrieron de mano en mano entre los contemporáneos y los sucesores de Sócrates.

Ya en aquellos tiempos la crítica d'espíadada, combatiendo con las ar-

mas de la exageración y del ridículo, y suscitada por malas pasiones, era tan perniciosa al orden social, como propicia puede ser al orden filosófico, si se la ejercita con perspicacia y buena intención.

Silogismo, del griego *syn*, con, y *lógos*, juicio.—Función de dos factores, que se determinan mediante un tercero. Hay en todo silogismo una tesis (la mayor), una antítesis (la menor), y un término medio, que se relaciona afirmativa ó negativamente, la tesis y la antítesis.

Semejante artificio, inventado por Aristóteles, no es más que una reproducción lógica de la fórmula de la vida.

«Dos generalidades que por sí solas no producirían otra generalidad, llegan á este resultado, puestas en comunicación por un término medio.»

En teoría, pues, se reduce el silogismo á relación entre dos extremos mediante un término medio.

El silogismo teórico es una síntesis cerrada, que se abre mediante la negación de cualquiera de sus términos.

El afán de quien arguye teóricamente es cerrar esta puerta, abierta á la destrucción de su obra silogística; pero con semejante artificio sólo se construye una especie de lógica matemática ó mecánica, muy distinta de la lógica viviente.

La ley en la lógica viviente se halla siempre en vías de formación, el aspecto bajo el cual aparece formada á cada momento no puede servir de base segura para un argumento definitivo.

La sanción posible de todo silogismo teórico se halla solamente en la práctica correlativa.

Algo se vislumbra de esta interpre-

tación en lo que Aristóteles llamaba silogismo de la acción.

Aristóteles decía que la acción voluntaria se determina por un silogismo, cuya mayor es la inteligencia, incluyendo en ella la sensación y la imaginación, facultades todas de juzgar; y la menor se constituye por el deseo, donde se comprenden la voluntad, el valor y la concupiscencia. La conclusión es el acto voluntario que se explica por la igual posibilidad del triunfo de la razón ó del apetito.

Si hubiera Aristóteles distinguido la voluntad racional de la puramente animal, consignándolas como el grado más alto de actividad que hace sentir prácticamente lo teóricamente indefinido; hubiera designado con precisión el silogismo de la voluntad humana; por más que habría llegado á este concepto más bien por vía inductiva y experimental, que como emanación directa de la base fundamental de su sistema filosófico.

Para sacar á salvo la libertad humana en el acto voluntario, hay que comenzar, *sintiéndola* como carácter indispensable de la vida bajo todas sus formas: como coeficiente indefinido, como autonomía exenta de comprobación, mientras no deje de sentirse, implicando la desaparición del carácter absoluto de los polos de la función común y su instalación como relativos.

Simbolismo universal.—

Todo lo que tiene forma positiva inmóvil es sugestivo de la correlativa negación é inestabilidad.

Los objetos exteriores son símbolos de la palabra, cuando falta palabra que simbolice los conceptos; la palabra es el símbolo del ejercicio del pensamiento.

El sujeto pensante, en cuanto definido como ley, es símbolo de sí propio, como usufructuario, para vivir, de la negación correlativa con la afirmación de toda ley (libertad).

¿Podemos hasta decir que todo sea simbólico de nada?

Sí, en el sentido en que comprende el simbolismo la ciencia viviente: en el sentido práctico ó mejor en el teórico-práctico.

En la práctica *hace* el simbolismo *todo* dentro de límites teóricos necesarios (distinción entre el símbolo y lo simbolizado), y en cambio, los límites teóricos necesarios, serían *innecesarios* y nulos, si la práctica no les prestara la posible realidad.

En estas relaciones simbólicas, la esfinge simboliza en la antigüedad la objetividad absoluta; y el oráculo simboliza pretensiones de revelación por la palabra.

Todas las teorías filosóficas abstraídas de la práctica son símbolos más ó menos adecuados del pensamiento viviente.

Simbolizar, de símbolo. — La naturaleza simboliza el espíritu dándole cuerpo exterior.

El polo positivo (definido) de la vida es símbolo del indefinido.

Todo cuanto se refiere al polo definido es implícitamente *referencia* correlativa (símbolo) con el polo indefinido.

El espacio es símbolo del tiempo; el tiempo lo es á su vez de lo indefinido.

El espacio se presta al conocimiento: el tiempo sólo se presta al sentimiento.

El objeto simboliza al sujeto correlativo; el sujeto (correlativo ya al objeto) simboliza al sujeto abstracto, á lo indefinido, á Dios puro y absoluto.

Símbolo, del griego *symbolon*, señal, figura. — Las palabras símbolo y signo, ofician ambas relacionando.

Los signos relacionan entre sí términos de relación, conocidos ó cognoscibles dentro de la práctica viviente.

Los símbolos relacionan lo relativo en un polo de la vida con lo relativo al polo opuesto.

El signo proporciona un dato experimental.

El símbolo sugiere un pensamiento.

Para sugerir pensamientos usan el símbolo: 1.º, el hombre provisto simplemente de sentido común; 2.º, el poeta; 3.º, el filósofo; 4.º, el místico afiliado á una religión determinada.

El uso del símbolo es imprescindible siempre para objetivar el coeficiente indefinido de la vida; justificado por lo tanto en el uso práctico, siempre que no se confunda del todo en la función de simbolizar, lo simbolizado con el símbolo.

El símbolo envuelve siempre un misterio impenetrable; el signo envuelve misterio; pero penetrable mediante la *aparición* de un especial significado.

El signo relaciona fenómenos con formas ausentes y que se pueden presentar; el símbolo relaciona con formas objetivas ausentes y que no se pueden presentar con la misma objetividad simbolizante que los relacionados mediante signos, sino cuando más con objetividad ideal, siempre distinta de la real.

Por símbolo se entiende, principalmente, figura inmóvil dada á la intervención de lo indefinido en la práctica del pensamiento.

Por mito se entiende más bien la figuración, relativamente práctica y

funcional, de una serie histórica ideal y como novelesca.

La armonía ó desarmonía entre ambas figuraciones y lo que aspiran á simbolizar se asigna por la crítica (juicio) en sentido lógico, y por el sentimiento puro, simbolizable á su vez por el arte en sentido realista ú objetivo.

Símbolo del sentido común. — Unas veces inconscientemente, otras con intención más ó menos confusamente formulada, todo el mundo usa símbolos para hablar, para escribir, para transmitir sus pensamientos, y hasta para relacionarlos lo mejor posible dentro de sí propio.

No vale declamar contra los símbolos. Esto es declamar contra un modo inevitable de hacerse el pensamiento. Lo que se ha de pedir es que los símbolos usuales se justifiquen ante un examen prolijo, ante el criterio de la razón.

Si las palabras son ya símbolos, si lo es cualquier medio de sugerir pensamientos, de comunicarse los hombres entre sí, ¿cómo evitar los símbolos en el trato social?

Otros símbolos hay que se llaman *sinónimos*, y que sin embargo, se pueden entender de muy distintos modos. Usar uno de éstos modos para sugerir el otro, es simbolizar.

Hay el peligro de que se confunda lo simbolizado con el símbolo, ó de que se entienda mal la relación, y entonces hubiera sido preferible el uso de una sola palabra, relacionada directamente con aquello que simboliza.

Todo se remedia inculcando, que en la necesidad de simbolizar, porque es necesario identificar cuando se ex-

presan relaciones; se atiende también correlativamente á distinguir.

Símbolo filosófico. — El símbolo filosófico es el más indispensable de todos; puesto que en Filosofía, se trata de relacionar ideas ó fórmulas subjetivas, con lo que se llama cosas ó fórmulas objetivas, y además los elementos del mundo ideal dentro de sí propio: ideas generales y abstractas con ideas particulares ó concretas.

Así, pues, en Filosofía siempre se simboliza aunque sea inconscientemente.

Pero sobre todo se simboliza, esta vez conscientemente, en los ámbitos de la ciencia viviente.

En efecto, esta ciencia comienza polarizando y reconociendo la necesidad de *relacionar* los polos opuestos entre sí.

La función de relacionar polos opuestos es un simbolismo indispensable en la vida del pensamiento.

El simbolismo (en sentido identificador) no puede menos de aparecer, en cuanto se comienza á hacer uso de la relación entre extremos, que llegan á figurar como polos, absoluto y relativo correlacionados entre sí.

Mas el simbolismo, que pudiera ser pernicioso limitándose á identificar sin la correlativa distinción; deja de serlo precisamente en la ciencia viviente; que lleva siempre por delante la relación en todos los ámbitos del pensamiento, y hasta entre el mismo pensamiento teórico y el pensamiento práctico.

Atenerse en absoluto al pensamiento teórico ha sido el procedimiento que ha llevado á los simbolismos más injustificables.

Símbolo numérico. — Entre

las formas de simbolizar matemáticamente sobrepasa la numérica.

Hay números simbólicos, no á la manera que pretendían los pitagóricos, sino porque se relacionan con modos fundamentales de las funciones vivientes.

El 1 corresponde á un elemento definido idéntico á sí propio.

El 2 á la distinción supuesta en la afirmación de la identidad numérica.

El 3 á la función de identificar y distinguir que se llama relación.

El 4 á la intervención del coeficiente indefinido enfrente de todo lo definido, para permitir en su intervalo las funciones vivientes.

El 5 al sistema representado por los dos polos absolutos (teóricos), dos relativos (prácticos) y una función viviente intermedia.

El 6 sugiere las tres negaciones, opuestas en el pensamiento á otras tantas afirmaciones.

El 7 sugiere y reúne á un tiempo el ternario con el cuaternario.

El 8 reproduce el primer 4 ó cuaternario pitagórico.

El 9 multiplica las tres afirmaciones por las tres negaciones primordiales.

Y el 10 duplica el significado del 5.

Símbolo poético.—El poeta no es precisamente un hombre de simple sentido común. A veces le falta algo de este sentido, por lo mismo que siente de un modo extraordinario.

Todas las artes son simbólicas, en cuanto relacionan al sujeto con los objetos, que el artista modifica simbolizándose á sí propio; pero la poesía lo es doblemente porque simboliza mediante la palabra, que por su parte es ya un símbolo.

Con relativa libertad se eleva el poeta á las *alturas* de su inspiración, y encuentra en ellas relaciones sublimes, á veces acertadísimas, otras también extravagantes, que afectan hondamente el ánimo del oyente ó del lector, y le sugieren impulsos de ira, de amor, de entusiasmo; en una palabra, todos los modos del sentimiento, afectivo ó repulsivo.

También se expresan así grandes pensamientos, que admiran y persuaden tanto ó más que un silogismo ó una demostración matemática.

Símbolo reflexivo.—En la elección reflexiva de símbolos cabe mayor ó menor acierto. Para que el símbolo lo sea verdaderamente, se necesita que el pensamiento simbolizado se mantenga en la esfera de la generalidad: un pensamiento de algo en particular no es ya simbolizable, es sólo significable de distintos modos.

Aun conservado el pensamiento en su abstracta generalidad, puede ser el símbolo más ó menos acertado, según el objeto exterior que se elija para constituirlo. El acierto se conseguirá en tanto mayor parte, cuanto más relacionado esté con el fin propuesto el objeto elegido para la sugestión. Así se hacen buenos y malos simbolismos estéticos y discursivos: comparaciones, figuras retóricas, construcciones de ideales profanos y religiosos.

El simbolismo discursivo menos expuesto á extravíos es el que se hace mediante el análisis de las leyes representadas en el pensamiento, para sugerir la función del pensamiento viviente. Por eso es posible un buen simbolismo geométrico de la vida.

Símbolo religioso.—El símbolo por excelencia es el religioso.

El símbolo del sentido común es simplemente fenomenal, no calculado ni intencionado, ni aun consciente de sí propio.

El símbolo artístico es ya consciente de sí propio. Se dirige al sentimiento.

El símbolo filosófico es calculado friamente. Se dirige á la reflexión.

El símbolo religioso se encamina á la creencia en algo sobrenatural, sobrehumano.

El filósofo deja de simbolizar en cuanto entiende que no puede comprender.

El místico va más allá, y simboliza á riesgo y ventura lo que no puede comprender: lo que no puede saber, lo que no puede ni aun creer realizable en las condiciones en que vive el hombre en el mundo llamado real.

No puede rechazarse absolutamente este símbolo, porque siempre hay que confesar que la imposibilidad supuesta de realizarse, se refiere á las circunstancias presentes en el momento en que el hombre formula un pensamiento determinado.

Débase, pues, permitir el símbolo

en el sentido, no absoluto, sino relativo, á ese hombre que ya proclamaron los sofistas como *medida de todas las cosas*.

La ciencia viviente permite el símbolo religioso, con la condición de que el pensamiento le realice como idea *aproximable* á una absoluta determinación; pero nunca á determinación definitiva, mientras dure la vida del espíritu en unión con la del cuerpo presente del hombre real.

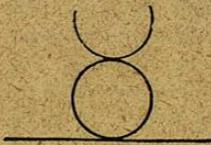
La ciencia viviente comienza por consignar el *misterio* como círculo que la limita irremisiblemente, y con el cual se halla meramente relacionada en la *práctica*, que le permite *simbolizarle*, para vivir á sus expensas en esta relación; á costa de morir en cuanto se le aparece *teóricamente en absoluto*, como fantasma que la espanta.

Símbolos de la vida.—Cuanto se sabe acerca de la misma vida es símbolo de lo que no se puede saber (teoría) y sólo cabe sentir (práctica).

El sentimiento de la función viviente puede sugerirse de varios modos simbólicos. En general puede el símbolo ser:

a, Aritmético, uno, dos, tres... indefinido: ó sea 1 tesis, 2 antítesis, 3 síntesis definida, 4 síntesis indefinida

1.º Cuantitativo. *b*, Geométrico:



c, Algébrico — $V = f(g e)$.

2.º Cualitativo. Yo en relación con todas las cosas.

3.º Práctico. El verbo, la palabra que hace en el tiempo, lo que las dos precedentes formas simbolizan en el espacio.

Símbolos físicos y metafísicos.—El símbolo que pudiera llamarse *físico* en el sentido genérico de *objetivo* es la *metáfora*, como la *metafísica* es simbólica de la negación de toda física, ó sea de toda naturaleza exterior.

Pero la metáfora ha de emplearse como *manifestación* sugestiva de algo relativamente oculto, y sin más pretensiones que las de sugerir el pensamiento con qué está relacionada.

La palabra misma en cuanto tiene de físico es ya una metáfora del concepto; y el concepto determinado, una metáfora primordial de la función en que se realiza (metafísica).

Por no haber sentido que el concepto metafísico de substancia era metafórico de indefinido, y haber hecho del fenómeno, ó de la ley, representadas, algo absoluto por sí y exento (por abuso ó insciencia de la metafísica), de la relación necesaria para su existencia; se ha extraviado durante tantos siglos la vida filosófica.

El concepto de substancia aparece *teóricamente* en la crítica filosófica como símbolo de nada, y en la ciencia pura y sin crítica, como elemento necesario por sí y ante sí. Pero *prácticamente* ha de concebirse á sí propio como hecho accidental, que supone y simboliza un *no hecho*, necesario, ininteligible de otro modo que el sugerido como simple negación, y no como negación transformada abusivamente en absoluta afirmación metafísica. *Siéntese* entonces la *función* que da cuerpo á la teoría, y recibe de ella el beneficio de los polos misteriosos (metafísicos) entre los cuales halla principio y fin correlativos.

Símbolos matemáticos.—Todas las funciones matemáticas, aritméticas, geométricas, algebraicas, di-

rectas y derivadas, analíticas, etc., son susceptibles de un sentido lógico; simbólico: representan gráficamente los procedimientos de la vida, sentida en el pensamiento. Fácil sería, aunque muy prolijo, estudiar en este sentido, los números, las figuras geométricas, los cálculos algebraicos, los procedimientos trigonométricos y las teorías sobre lo indefinido, poniendo en paralelo todos estos elementos con los correlativos de la vida, representantes directos del polo negativo de la misma.

Entre las representaciones matemáticas del polo positivo y las representaciones lógicas del polo negativo (ambas teóricas), ha de aparecer siempre el sentimiento de la vida práctica, tan necesitada de ambos extremos para vivir inteligentemente; como se hace ella necesaria para el análisis que suministra su única explicación posible.

La Matemática es la reina del polo positivo y la embajadora de este polo en el negativo

Citemos para muestra algunas interesantes comunicaciones del matemático embajador.

Sométanse ante todo los símbolos matemáticos á *grados* sucesivos.

Los hay de primero, segundo, tercero y cuarto grado.

Los de primer grado son símbolos fundamentales de lo conocido desde cero 1, 2, 3... aritmética.

Los de segundo grado son símbolos fundamentales de lo conocido desde el punto en adelante (geométrico).

Los de tercer grado son símbolos de lo desconocido; pero cognoscible (álgebra).

El de cuarto grado es símbolo de

lo desconocido é incognoscible (cálculo de lo indefinido).

A todos los grados corresponde la generalidad, que se simboliza por *f* función.

Se concibe que estos símbolos externos de la idea (que á su vez son signos ideales formulados dentro del campo ideal) han sido asignados exteriormente de un modo arbitrario y sin sujeción á teoría preconcebida.

Así y todo, la teoría viviente halla relaciones en su fondo y en su forma, que corroboran otras relaciones halladas por distintos procedimientos.

El signo + que relaciona positivamente funciones aritméticas directas, es geoméricamente coordinación de dos rectas constantes, positivas.

El signo — que relaciona las funciones aritméticas inversas, es en geometría la línea recta simple y absoluta, que simboliza el procedimiento lógico en el polo absoluto de lo definido.

El signo = que simboliza el equilibrio en aritmética, en geometría simboliza las paralelas y en lógica la contradicción, ilícita en absoluto; pero promesa de posibilidad y de vida, si se la considera en relación.

El signo de la multiplicación expresa gráficamente la multiplicidad, correlativa con espacios intermedios (extensiones) y con la unidad de calidad y tiempo, representada por el fondo blanco del papel.

El signo de la división en cantidades fragmentarias representa la condición de los cuerpos brutos (positivos) indefinidamente divisibles en extensión, así como también indefinidamente multiplicables en número.

Los símbolos mayor y menor > < son los de ángulos geométricos, que en biología son reemplazados por

símbolos curvilíneos. Parece como que se sugiere así la imposibilidad en matemáticas de alcanzar el máximo y el mínimo.

El símbolo de lo desconocido tomado de las últimas letras del alfabeto sugiere el límite, que en el pensamiento impone lo desconocido á lo conocido; la *x* manuscrita es la correlación de derecha á izquierda de la curva cerrada con la abierta que va en dirección de lo definido á lo indefinido, como la vida; y la ∞ (*x* inversa) representa el otro polo de la vida, el de lo *pasado*, el de lo hecho, que aparece deshecho en correlación con el de lo futuro, con la *x* directa que el álgebra se propone resolver en sus problemas y que figura como ambiente privilegiado del pensamiento.

Simetría, del griego *syn*, con; y *metron*, medida.—El bien realizado geoméricamente.

No hay geometría si faltan elementos mensurables ó medida común de los elementos geométricos.

Realizar la *medida común* es hacer el bien geométrico, la simetría.

Simpatía, del griego *syn*, con; y *pathos*, pasión.—Unidad, identidad de sentimiento.

Pueden ser simpáticas y antipáticas las personas y aun las cosas.

Son simpáticas las cosas que nos inspiran el sentimiento que acompaña á la realización del bien.

Por simpatías y antipatías procede el animal, y aun el hombre cuando se abstiene de reflexionar ó se abandona reflexivamente al sentimiento.

Simple, del latín *sine*, sin; y *plexus*, dobladura.—Lo simple circula siempre con el sello de unidad; lo complicado con el de multiplicidad; simple y complicado son formas de unidad y multiplicidad, que si por un

lado aparecen analizadas, por otro correlativo aparecen sintetizadas.

Así como el uno múltiple es ya multiplicidad, raíz y principio de multiplicidad ulterior; así también el simple doble, el doblez hecho es ya complicación, complejidad, raíz y principio de ulterior complicación de toda complicación posible.

Ha habido algunos que inocentemente han creído poder explicar la simplicidad, atribuida á la conciencia y á lo que se llama espíritu, á *mayor complicación* de fenómenos cósmicos y materiales; sin advertir que *cuanto mayor* imaginaban la complicación en el espacio, más se alejaban de la simplicidad, propia sólo del tiempo.

La simplicidad pertenece al tiempo, relativamente al espacio. Sólo en un instante puede unificarse la multiplicidad del *espacio*.

Hasta la simplicidad en el tiempo es ajena á esa primitiva é impropia simplicidad, que algunos han llamado substancia, y que sólo procede atribuir al coeficiente indefinido de todo cuanto se realiza y realizarse puede en el tiempo y en el espacio; polos correlativos con los del análisis fundamental *todo y nada*, entre los cuales se fragua la función viviente, bajo todas las formas de que es tipo el pensamiento.

Simpleza, de simple. — Lo que es simple, sin doblez ni engaño, sin acompañamiento ni disfraz.

Todo en el mundo ideal puede ser una verdad disfrazada de error ó un error disfrazado de verdad; algo claro disfrazado de obscuro y *viceversa*; y todos estos disfraces y otros muchos, dejan á la vista simplezas, cuando caen simplemente por su propio peso.

Simplezas son los dogmas de la

ciencia viviente, cuando llega su aplicación al uso común. Pero también es común que el pensamiento esté dormido, y que si abriéndole los ojos ó quitándole la venda que disfrazaba su error, grita ¡simpleza! en tono despreciativo, se vuelva á dormir.

Más le valdría al pensamiento no dormirse, ni olvidar tales simplezas.

Por olvidarlas como moneda de baja ley, toma billetes de un banco que á lo mejor hace quiebra y le arruina.

¡Que el entendimiento humano tiene límites! ¡Simpleza! Todos lo sabemos. Pero ¿sabemos todos qué límite interesa para que podamos saber algo?

Que un término medio, una buena transacción es preferible á los extremos ó á la guerra. ¡Simpleza también! Ya nos hemos cansado de oírlo. Pero ¿hemos aprendido por eso la necesidad permanente de transacción, y el método de transigir?

Que es racional tener fe religiosa y que la fe religiosa no debe ser irracional. ¡Si no es simpleza es por lo menos una vulgaridad! Mas bueno es que el vulgo entienda que su vulgaridad cuenta con el alto apoyo de la teoría científica mejor consolidada.

Que debemos desear templadamente la buena fortuna, y conformarnos con la adversidad. ¡Verdad de Pero Grullo! Pero este personaje llega á imponer respeto; cuando oficia de presidente de una asamblea de libre-pensadores.

Y así de otras muchas simplezas que se pudiera seguir citando.

Simplicidad, del latín *sine*, sin, y *plexus*, doblez — Lo que no implica duplicidad ni otro número cualquiera.

Lo simple es buen elemento para

cualquier función, mas no para constituir por sí solo una función.

Puede partirse de lo sencillo, para discurrir elevándose á lo compuesto; sin olvidar por eso que este viaje ideal por la realidad implica la realidad misma por la cual se viaja.

Los elementos de una cosa, y mucho menos uno solo de sus elementos, no constituyen en manera alguna la cosa misma: son partes que reclaman, por un lado la unidad genérica ideal, y por otro la agrupación de las partes en una totalidad relativa.

Simple se ha considerado al alma inteligente para enaltecerla: simple se llama á un individuo poco inteligente para rebajarle.

¿Cómo es, pues, que un mismo concepto de simplicidad engrandece y achica?

Porque á tanta altura podemos llegar, que nos perdamos de vista, y tanto nos podemos rebajar que nos hundamos en el fango.

Sublimándonos en la atmósfera, vamos á fundarnos en lo indefinido; hundiéndonos en la tierra, bajamos al seno de lo definido.

Por arriba ó por abajo lo simple es misterioso: por arriba, por abajo y por medio toma lo misterioso, otras tantas formas, como son las de lo no misterioso, ó sea de lo conocido como fenómeno ó como ley, y sentido como función.

He aquí como el simple de la ciencia (filósofo substancialista) no es menos simple, aunque en otro sentido, que el simple de la ignorancia.

Simultáneo, del latín *simul*, á un tiempo. — Lo que se realiza en un solo instante.

El instante es concebido como indivisible, lo mismo que el átomo, porque ambos carecen de cuerpo real;

son simples abstracciones teóricas de la realidad prácticamente sentida.

Ni el instante ni el átomo, resisten el análisis reflexiva. Sólo se da cuenta de ellos el sentimiento, detenido por la reflexión en la serie continua de representaciones que constituye la función de pensar.

La simultaneidad, posible siempre, de dos puntos de vista disconformes entre sí, absuelve al pensamiento de quien la dicta, del pecado de contradicción, en que incurriría, afirmando ó negando en absoluto, y desde un solo aspecto, ó sea en una sola relación.

Sincretismo, del griego *syn*, con, y *herán*, mezclar. — Sistema de variadas opiniones, de retazos de sistemas, sin unidad que haga de ellos un organismo capaz de vida propia.

Sindéresis, del griego *syn*, con, y *térein*, observar. — Se dice que obra con sindéresis, quien juzga rectamente, quien tiene un pensamiento organizado como una república bien ordenada, y no entregada á la anarquía ó á un despotismo ciego é intransigente.

Buena sindéresis es la que acierta á equilibrar la ley con la libertad de su ejercicio.

Sinfonía, del griego *syn*, con, y *phónè*, voz. — Representación estética realizada en forma de sonidos.

La música instrumental es el arte más abstracta, la más relacionada con el espíritu, por las condiciones del medio físico en que se realiza; las ondulaciones del aire.

Solamente la palabra compite con ella y en cierto sentido la supera.

Es susceptible de sugerir todo género de sentimientos y aun de pensamientos.

Una sinfonía puede equivaler á un